

Joseba de Rezola y el arte de morir con dignidad

Alderdi, 271. zk., 1972-01.

Hay, como decía el Dante, hombres a los que les falta la esperanza de morir, y hay otros que viven de ella, de ese aliento de morir por algo que aterrorizó a alguien que alimenta su cruento y efímero caudillaje de guerra como un mito imprescindible. El alma teme su propia muerte, no la del cuerpo. Por eso, hay quien vive todavía en la angustia que significa ese viaje al vacío, y hay también este ejemplo de quien se nos acaba de ir tranquila y presagiosamente a la luz del día mismo de la Navidad.

Para los vascos es fácil volver los ojos a este resplandor.

La luz que alumbra el camino de nuestra conciencia colectiva está hecha de estos fognazos de muerte. Muchos, aún los de aquellos que se rescatan, como el de Joseba Elósegui y los que juzgaron criminalmente en Burgos, son destellos luminosos que no se pueden dejar de ver; otros, también muchos, son de los que hay que mirar bien porque son de los que se consumen por dentro; y el milagroso efecto de estas entregas a la luz está en que son igualmente visibles y ejemplares.

¿Cómo era la luz de Rezola?

La antorcha que blandió el fornido atleta que era el gudari Joseba de Rezola estaba ya familiarizado con los riesgos de la muerte cuando se rindieron las últimas tropas vascas en Santoña el 28 de agosto de 1937; claro que no le faltaron los medios para ponerse a salvo, y seguramente ese era su deber como Secretario de Defensa del Gobierno de Euzkadi: el militar; pero se quedó con su gente, porque la obligación de ser hombre era para él primero. Su prisión en Larrínaga y su traslado después para ser ejecutado en Burgos no duró los seis años que dice el calendario, sino la eternidad misma de vivir sin saber cuál de los seiscientos hombres condenados a muerte con él iba a ser el próximo frente al piquete de ejecución; acaso él mismo; así fue sintiendo en los pasos sigilosos de su propia muerte a sus compañeros de armas que le estaban precediendo en el turno durante los largos amaneceres de estos días sin sol.

Así aprendió Joxe la lección suprema de morir en los demás.

Ultimamente, la antorcha de guerra era más modesta; modesta sobre todo por lo recogida y por lo entrañable; ya no podía mantenerla como en los tiempos en que luchaba con el alma y el cuerpo defendiéndose de una guerra que nos prendieron por la espalda; aquella antorcha era ya, digamos, un hachón, un hachón de buen peso fundido en Goierri para las solemnidades, con la mejor cera de esas abejas a las que los vascos hemos comunicado siempre con respeto la muerte de los seres queridos, y que fue consumiéndose, esta cera, en la llama de arder hasta quedar en lo que es el pabilo ya carbonizado en que queda como el alma incandescente de alumbrar conciencias cuando ha dado toda la luz de que era capaz; vivía todavía esa luz tierna en unos ojos penetrantes, de águila, y a la vez gastados de haber visto mucho; estaba vivo en el calor que siempre rebosa en los que se han dado a menudo y por entero en el amor de que

está llena la amistad cuando es auténtica; y era sencillo, porque sólo así, en la espontaneidad y hasta en la ingenuidad de su modestia, se dejan sorprender los valientes.

Toda esta humanidad recogida y viva, sorprendentemente tranquila, dependía desde hace un tiempo de su Fe, y del mecanismo menos seguro de una pila eléctrica incrustada en su agotado corazón de atleta; vivía de ese milagro y de la ternura y la devoción con que le rodeaba Aurora, su mujer.

Es éste un ejemplo sencillo de hombría, una lección de las que no se van en un soplo de vida, sino se quedan para siempre.

Es, desde luego, difícil hablar de la antigua vida del hombre sobre la tierra y su vieja muerte sin repetirse. Y, sin embargo, de esta muerte ya no tan frecuente de apagarse con la serena dignidad de un hombre leal a su conciencia seguirá despertando en la humanidad la misma emoción que han ido pasando de generación en generación los ejemplos de las gestas memorables, porque ese hombre de ayer sigue viviendo todavía, y afortunadamente, en nuestro tiempo. Este eco de la muerte no nos trasciende en la medida en que nos afecta la solidaridad (la angustia intransferible de sentir que muere otro) sino por la anticipación de la nuestra propia inescapable, y tememos seguramente no tener el valor de ser capaces de enfrentarnos a la muerte con el valor que da la conciencia de haberla ofrecido por algo digno; el hombre está doblegado al hecho irreversible de la muerte y de la aventura de que cae, esa muerte, en cada vida como una noche; a veces sin crepúsculo que lo anuncie, otras sin siquiera mediodía, y los hay que sin que despunte la aurora en la madrugada, y como el hombre no puede vivir permanentemente asustado se hace al susto de la muerte como se hace el fruto a la sazón y a la ruina, que parece ruina y es la semilla que despierta de nuevo; por esto, por esta fatalidad prendida en el hombre desde viejo, es posible que a veces actúe y se arriesgue para buscar esta muerte cada uno a su manera.

Pero hay pocos los que saben esperar a la muerte con dignidad.

Acaso esta grandeza de saber morir con dignidad alcanza un aura de mayor ejemplaridad en el exilio. Morir en el exilio es algo más que morir; así como la cárcel de Rezola fue angustiosamente larga, el rastro de los linternazos de sobresalto y esperanza que han estado minando los trágicos años del destierro a la española, que en cualquier otra intolerancia de guerra se hubiese consumido en unos meses, sigue siendo un espectáculo inhumano y vergonzoso.

Acaso es por eso que tiene de sacrificio mayor, pero lo cierto es que lo que se ha apagado de esa luz señera de Joseba de Rezola no está muerto.

No todos los vascos que son hoy jóvenes estarán conformes con todas sus perspectivas políticas; pero tienen estos jóvenes patriotas de hoy olfato de la pose, y esa luz permanente que ha ardido definitivamente en el ejemplo de hombres como Aguirre, como Landaburu y ahora Rezola en los momentos más oscuros de la vida de nuestro viejo pueblo sabrá insuflar un sentido nuevo de sacrificio eficaz a la muerte.

André Maurois concebía dos maneras de enfrentarse a ella: la del que cree que la muerte no es nada, y la del creyente, que considera que la muerte es todo. Con esta esperanza de ser parte de un Todo le sorprendió la muerte a Joseba de Rezola a la manera del artesano que muere tranquilamente mientras trabaja y con la casi maliciosa

paz interior de saber que sus adversarios políticos no pueden comprender todavía que lo tenían desterrado en su propio pueblo. Así dice don Txomin de Onaindía, quien recogió sus últimas palabras, que su entrega al Hacedor la hizo ofreciéndose hasta el otro lado de la Verdad por la causa de Euzkadi, su pueblo; los puñados de tierra que le llegaron desde las seis regiones hermanas se unieron a las de Laburdi y en Donibane Lohitzun reposa ya Joxe en el abrazo de toda su tierra junto a otros gударis en la paz de saber que viven todos ellos en el corazón de su pueblo hasta el día de la justicias.

Así, cuando hay algunos a los que falta la esperanza de morir y están aterrorizados ante su crepúsculo sin mañana, hay otros que mueren en la alegría de saber que están alumbrando la libertad en el corazón de su pueblo para siempre.